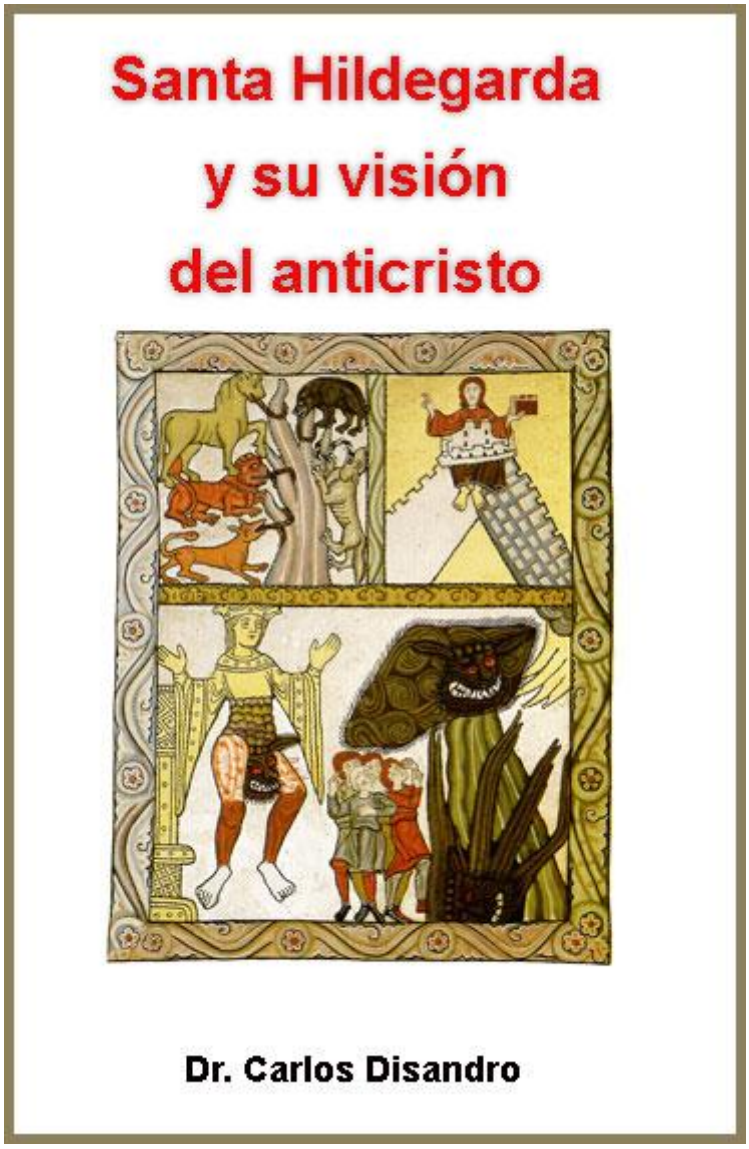
SANTA HILDEGARDE Y LA VISIÓN DEL ANTICRISTO



CARLOS A. DISANDRO

Bajo el fuego que no quema de la inspiración, recibe la santa el mandato de decir y poner por escrito lo que ella ve y oye

INSTITUTO DE CULTURA CLÁSICA "SAN ATANASIO"

Córdoba - 1979

NOTICIA

El estudio de los textos de Santa Hildegarde (monja benedictina y mística del siglo XII) es inexistente de nuestro medio. Esos textos son además desconocidos, aunque ofrecen en muchos aspectos y sentidos una lumbre doctrinal importante para estos tiempos discordes y destructores. La exploración de los signos apocalípticos actuales y las indagaciones sobre la cultura medieval del siglo XII motivaron una lectura, cada vez más incitante, de estas obras y un examen pormenorizado de su contorno. El primer esbozo de este trabajo, publicado ahora por el Instituto San Atanasio, fue *una conferencia, pronunciada en el* Instituto de Cultura Clásica de Buenos Aires., *el 3 de junio de 1978*

He tenido a la vista el texto latino, en la edición de la Patrología Latina, *tomo 197, recensión que presenta a veces problemas de interpretación que no es del caso mencionar aquí. Luego revisé la edición alemana de Maura BÓCKELER,* Wisse die Wege *(SCIVZAS), Salzburg, Otto Müller Verlag 1975, obra magistral por su acribia filológica y su sentido reconstructivo de la vida profunda subyacente en textos a veces enigmáticos. Luego la edición de las* Laudes *(LlEDER), que contiene en primer lugar la reproducción de texto y melodía de setenta y cinco composiciones de estilo y textura gregoriana, y una suerte de esbozo dramático* Ordo Virtutum *(texto y melodía), que merecería prolijo examen. La edición comporta además una segunda parte bilingüe, con los textos latinos y la traducción alemana.*

Conviene advertir que los números interpuestos en nuestra versión castellana corresponden a las columnas del texto latino en la edición de la Patrología Latina.

Espero que este modestísimo fascículo sea una incitación a explorar otros horizontes, un estímulo para una joven generación americana (como la que sostiene la lumbre modesta pero fiel de este Instituto San Atanasio,), *a fin de proponer otras reasunciones y otras fundaciones, que nos abran, al fin, en camino del Espíritu,* Vivificans Vita, *como dice Hildegard von Bingen, de las profundidades germánicas, fieles a las profundidades teándricas.*

Córdoba, Argentina,
julio de 1979

Los horizontes del mundo, y en el mundo los de la Iglesia, hacen pensar en el cumplimiento de lapsos inequívocos, en que confluyen la penumbra de antiguas profecías, la claridad doctrinal de místicos a veces desconocidos, los datos empíricos que cumplen al parecer los requisitos fundamentales de un ciclo involutivo. La meditación escatológica además ha sido en la Iglesia patrimonio fervoroso de la primera comunidad apostólica, signo litúrgico en la experiencia cultural y mystérica, reflexión teológica que desde los textos evangélicos hasta la construcción de una teología sistemática ha alimentado la piedad y la contemplación de innumerables generaciones. Pero aclaro que no se trata de especular sobre el fin catastrófico del mundo sino sobre la consumación de la Iglesia, en el *numerus aureus* de sus mártires, según enseña Santa Hildegarde. Nos interesa pues en tiempos apocalípticos, no el terror judaico que la Iglesia post-medieval ha contagiado al entero mundo, a través de las modulaciones semánticas del judeo-cristianismo, hoy imperante en la vastedad de Occidente; tampoco descifrar complicados cálculos histórico-teológicos que concedan una certeza cognitiva que no es deseable; ni siquiera interpretar a la luz de San Juan Evangelista las condiciones semánticas del reino del Anticristo. Sería éste un empeño que excede los límites propuestos a la presentación de este texto medieval del siglo XII.

En estos tiempos apocalípticos, cuyos signos son releídos por innumerables corrientes culturales, según hermenéuticas a veces contrapuestas, distingo tres grandes orientaciones provisorias, dignas de mayor profundización, que aquí no cuadra.

1) La que podríamos llamar *posición clásica* en la Iglesia y en la cristiandad, cuyo ejemplo típico encontramos en el texto de Santa Hildegarde y que en síntesis se expresaría así: el fundamento de toda la creatura, de toda la historia, de toda la revelación, de toda la beatitud, originaria, incoativa o culminante, es la primera venida de Cristo, lo que nosotros llamamos de modo comprensivo el *mysterio de la Encamación.* En esa primera venida se cumplen ya todos los requisitos y contenidos de la consumación, y es precisamente el debilitamiento de esta experiencia lo que acelera el advenimiento del Anticristo y por ende la segunda venida del Señor. En otras palabras, la escatología está realizada, es preciso conviviría en la historia, cuyo despliegue es en cierto modo cumplimiento temporal de esa realización.
2) En segundo lugar, en el desfonde del cristianismo y yo diría en su muerte semántica, adviene la presión de la *apocalíptica judaica* a nivel del contexto moderno, del racionalismo tecnocrático, de las fuerzas oscuras que conducen el mundo, de las jerarquías eclesiásticas o políticas, que son apóstatas de los principios espirituales que las fundan: las primeras, apóstatas de Melquisedec; las otras, apóstatas de Rómulo y Augusto. Así se

forma una poderosa corriente apocalíptica a partir del siglo XVIII que culminaría con la secta intramundana de Princenton o Pasadena, de Moscú, o del Vaticano, que haciendo honor a la semántica de su nombre (*vaticanus - vates)* se torna profeta de esta nueva revelación "apocalíptica" (ya sea de trasfondos milenaristas, paradisíacos, ya sea de trasfondos destructivos, revolucionarios, como la prevista por Fichte). Así lo vemos en los diversos libros de Raymond RUYER, *La Gnose de Princenton,* Fayard 1975 y *Les Cent Prochaines Siecles,* Fayard 1977, para culminar con su *L'Art de etre toujours Contení-,* Fayard 1978, que sería la apocalipsis de la sinarquía mundialista '. En síntesis, esta segunda hermenéutica consistiría en abolir el sentido de la primera venida de Cristo, en judaizar subrayando la venida ulterior y liquidando por tanto en la cristiandad la experiencia de la es-catología realizada, la experiencia mystérica que reinicia y concreta la expectativa del cumplimiento. Según el ritmo de esa abolición tenemos diversas especies apocalípticas, a saber, *teológicas,* en la pastoral del Vaticano II, el ecumenismo, el sociomorfismo, etc.; *políticas,* en el cristianismo marxista, el terrorismo, etc.; *tecnocráticas,* en el destino del hombre según la nueva gnosis americana, para diez mil años...

3) En tercer lugar, las diversas *formas esotéricas* que proclaman el adensamiento de la "edad oscura" o *kali yuga,* y las previsibles *catástrofes* en el pasaje al ciclo ulterior o la *destrucción* de una humanidad titánica, que ha cumplido el máximo apartamiento del reino olímpico. La literatura esoterista, o de inspiración esotérica, se ha difundido extraordinariamente, en estos últimos cuarenta años. Bastaría citar los nombres de René Guénon y Julius Evola, para advertir la importancia de esta confrontación sapiencial, teológico-filosófica, que encuentra una Iglesia ocupada en los menesteres mundanos, en la conducción política, o de las alianzas que en definitiva la incardinarían en el movimiento sinárquico antedicho.

Conviene aclarar por otro lado que en el segundo título, o sea, en aquellas tendencias que minimizan, relegan o simplemente niegan la primera venida de Cristo, se insertan todas las formas de judeo-cristianismo, lo que quiere decir todas las formas que desde el cristianismo intentan la modulación a judaismo, contra la sentencia, tantas veces citada, de San Ignacio de Antioquía; pero también numerosas tendencias del judaísmo, que ven en el cristianismo una secta a reabsorber en la antigua perspectiva mosaica y talmúdica[1]. Tal fue la posición de Martin BUBER en un congreso de Historia de las Religiones (Dusseldorf, 1956), cuando sostuvo que judaísmo y cristianismo coincidían en el advenimiento de un "mesías"; que para el cristianismo fuese la segunda venida implicaba en realidad un apartamiento de la ortodoxia de Israel. Pero si en occidente se atenuaba la fe en la divinidad de Cristo, la convergencia mesiánica

[1] Sobre este punto sabemos la importancia que ha tenido y sigue teniendo el pensamiento de Edmund FLEGG, por ejemplo,

era posible 3

En otras palabras, la apocalipsis judaica retomaba la conducción religiosa del mundo, y por ende desvalorizaba la antigua concepción clásica de la Iglesia de que es deudora Santa Hildegarde. Pero además, al desaparecer el centro significante de la primera venida de Cristo, desaparecía el sentido del Anticristo, tal como es lógico que ocurra por otra parte en el previsible entenebrecimiento de la Fe.

Lo que he llamado posición clásica en la Cristiandad, o sea, el sentimiento de una escatología ligada a la primera venida del Redentor, y lo que he llamado recuperación mesiánica del judaísmo, comportan por cierto una ostensible contradicción que trabaja el fondo religioso del occidente cristiano. En qué medida prevalecen una u otra referencia teológica, es difícil precisarlo; pero no cabe duda acerca del motivo dirimente de una u otra interpretación. La judaización lenta pero firme de la teología católico-romana, a partir del siglo XVIII; la interposición de una fuerte corriente judaizante en el pensamiento barroco, como lo demuestran las fuentes citadas por H. J. Schoeps[2], y en general la presión de una filología bíblica, de tendencias racionalistas y positivistas, contribuyeron a debilitar la vigencia de la Fe en la segunda venida de Cristo, y por ende erosionaron el contexto de la primera venida, respecto de la que podemos hablar de un Anticristo, cuyo abatimiento será signo precisamente de la *parousía*.

Quizá debamos precisar por otro lado la significación de "escatología realizada" para que se advierta la profunda reversión en el sistema semántico del Evangelio, en las tendencias del judeo-cristianismo, hoy operante en todos los planos de la Iglesia y de la cristiandad. Pues la visión del Anticristo implica para la Fe la nítida distinción de la divino-humanidad del Mesías, acontecida históricamente en la primera venida. Y es esa unión teándrica el régimen teológico, cuya realización y eficacia concede el equilibrio de la Fe y de la Iglesia, el que permite replegar, desde el centro semántico que iguala Mesías a Hijo de Dios hecho hombre (tal como enseña nítidamente el Evangelio de San Juan), las igualaciones ilícitas desde el lado del mesianismo judaico. Pues revirtiendo la sentencia de Buber, podríamos nosotros afirmar: en la misma medida en que se debilite y casi se extinga la Fe en la divino-humanidad ya acontecida, en esa misma relación se aproximan los días del Anticristo, cuya figura coincidirá entonces con el "mesías" que aun esperan los judíos. La coincidencia ocurre pues no entre Cristo, *perfectus Deus etperfectus homo*, y el "mesías" judío por venir, sino entre éste y el Anticristo por venir. La resolución de este sistema, que es un enfrentamiento radical, implica la completidad de la

[2] ***Pbilosemitismus im Barok. Religions- und Geistesgescbichtlicbe Untersuchugen,*** Tübingen, Mohr 1952.

escatología. Es esto lo que se desprende claramente de la visión de Santa Hildegarde, deudora en su contexto teológico, bíblico, místico y sapiencial, de una indeleble tradición de la Fe en la primera Iglesia y en todos los lapsos medievales.

Así pues la escatología realizada subraya de modo fuerte el centro histórico-divino, acontecido ya, vigente en el Culto, que es el marco de esa escatología. Por eso la destrucción del Culto implica el relegamiento de esa experiencia del Mysterio (entre otras perspectivas o contenidos el Mysterio de la Escatología acontecida), y por ende el fortalecimiento de las concepciones judaicas, sin culto, sin sacrificio, sin la divino-humanidad de Cristo y de la Iglesia.

Como ustedes pueden advertir, el recuerdo del texto medieval que ahora intentamos, me refiero al texto de la visión de Santa Hildegarde, comporta revisar una problemática más amplia, que hoy sólo esbozamos. Me interesa por cierto la lectura del texto mismo, para reavivar la meditación de aquellos principios fontales de la Fe Teándrica. Pero indudablemente quitaría significado a la densidad de ese texto y de esa visión, si no hiciéramos estas aclaraciones previas, que coinciden por otro lado con las admoniciones de la vidente, en lo que se refiere al modo como el período del Anticristo hablará de Cristo. Pues si el Evangelio previene acerca del Anticristo, el reino de éste implicará consecuentemente una profunda debilidad del Evangelio, en la que se esfumará la figura de Cristo. A su vez la gnosis de Pasadena (como todas las corrientes gnósticas pasadas o presentes) comporta también la anulación del centro teándrico, en la medida del régimen evolutivo, y por lo mismo esos diez mil años de la nueva utopía gnóstica y tecnocrática suponen un ciclo apocalíptico de otra naturaleza, que deberá confrontarse con la visión de los poderes del Anticristo en el texto de la Santa. Pero esa gnosis trabaja también en la dirección del judeo-cristianismo e implica una vasta maniobra que erosiona y destruye la Fe. En otras palabras, esa gnosis es en la perspectiva del texto medieval régimen inserto en los poderes y en el reino del Anticristo, y traduce a su modo un horizonte apocalíptico, de otras dimensiones y de otra naturaleza.

Ubiquemos ahora, someramente, la figura de Santa Hildegarde. Sigo en lo fundamental los datos de la *Vita*, en *Patrología latina*, tomo 197, columna 91-130, y tengo a la vista también la edición alemana de Maura BOCKELER ya citada, en particular *Anhang*, pp. 373-402. Veamos pues los hitos fundamentales.

Parece haber nacido el año 1098, en Bickelheim, entre el Mosela y el Nahas, diócesis de Maguncia, en tiempos del emperador Enrique IV, de cuya corte es conmilitón el padre de Hildegarde. Su vida transcurre pues en el siglo XII, un siglo de profundas connotaciones espirituales: la primera cruzada conquista Jerusalén en 1099, los ideales del caballero cristiano consolidan una ética

agapística, la reforma de Cluny abre perspectivas monásticas renovadas e inatendidas; las artes, las ciencias, la mística, la música, la teología conviven una atmósfera de extraordinaria tensión creadora. Hildegarde aun niña, a los siete u ocho años, es confiada para su educación a una abadesa benedictina, la célebre Jutta de Spanheim, que dirigía entonces la comunidad de monjas en el convento de Disibodenberg (el monte de San Disibodo). Y es ésta la primera nota importante para la formación de Hildegarde: la regla benedictina, cuya espiritualidad y cuyo equilibrio doctrinal y místico signan sin duda los rasgos fundamentales de la Santa. Muere la abadesa Jutta en 1136, e Hildegarde la sucede en la dirección del monasterio, hasta 1150. En este año precisamente se ubica la nueva fundación monástica que emprende Hildegarde, en vista de las numerosas vocaciones por la vida benedictina. Nace así el monasterio de Rupertsberg (monte de San Ruperto), frente a la ciudad de Bingen, en la otra ribera del Nahas. Por eso se la conoce como Hildegard von Bingen. Aquí en el convento de Rupertsberg transcurre el resto de su vida, hasta 1179, año de su muerte. Se han cumplido pues ocho siglos desde entonces, y la influencia de Santa Hildegarde ha sido sorprendente, incluso por detalles poco conocidos en la literatura de divulgación.

Más importantes que estos datos externos sin embargo son desde luego las extraordinarias condiciones de la vida Mística de Hildegarde, su constante reclamo a una luz que la inunda desde el centro del alma, o desde el cielo diáfano, su afirmación incansable de una "luz viviente" como signo de articulación inefable entre la intimidad trinitaria y el cosmos o el hombre. Se trata de una "mística de la Luz", trinitaria y teándrica, de fuerte acento cósmico, que interioriza la armonía del mundo según la imagen del hombre, y hace resplandecer la figura del hombre como un signo indeleble de la sabiduría celeste. Estos rasgos se entrelazan en su obra multiforme y vasta, en las resonancias de su *vis* lírica, profunda y característica; en sus imágenes extrañas, ciertamente de difícil compresión o representación; en el correlato dinámico que liga todas las partes, los planos, los horizontes, figuras y virtudes.

A los tres años de edad —afirma Hildegarde— vio una luz celestial tan intensa *(tantum caelitus lumen vidi*) que su alma se estremeció hasta sus entrañas *(quodanima mea in visceribus meis contremuit)',* sin embargo nada podía manifestar a causa de su edad infantil *(sed prae impedimentis infantiae de his nihil potui proferré).* Sus visiones comienzan a los cinco años y se extienden hasta la vejez, casi hasta su muerte. Ellas comportan, según lo que advertimos en sus obras, una poderosa intuición de la organicidad del mundo, un agudo sentimiento de la verdadera ubicación del hombre —paradisíaco, post-paradisíaco, redimido, en la Iglesia, en el fin de los tiempos, en la beatitud, etc.— y un nítido acceso a las virtudes originarias de todas las cosas. No le es extraña tampoco una exaltación lírica y poética, de notable estremecimiento

convivial, que corresponde sin duda a los trasfondos más decisivos del alma germánica. Son aún congruentes en Santa Hildegarde germanidad y romanidad, vivencia del cosmos insondable y mysterio de la deidad agapística, patencia lingüística de los bosques, de las presencias preternaturales u originarias, y revelación interior, inatendida y sublime, como un descenso inesperado de esa lumbre que conmueve a la vidente.

A los cuarenta y dos años, según su propia precisión autobiográfica, las visiones luminosas alcanzan inusitado resplandor (*vidi máximum splendoreni),* y oye una voz que le ordena poner por escrito sus visiones *(dic et scribe quae vides et audis).* He aquí el texto correspondiente de esta extraordinaria confesión:

> "Transcurre el año 1141, de la Encarnación del Hijo de Dios, y yo me encontraba en el año cuadragésimo segundo y siete meses de mi vida, una lumbre ignífera de máximo brillo ***(maximae coruscationis igneum lumen)*** que se aproximaba a cielo abierto, traspasó todo mi cerebro (***totum cerebrum meum trasfiidit),*** todo mi corazón y todo mi pecho, como una llama ***(totum cor totumquepectus velut flamma),*** no quemante sin embargo, sino cálida, tal como el sol calienta aquello en que inciden sus rayos".

De aquí surge según la Santa una inteligencia total de las Sagradas Escrituras, una visión ordenada y global del mundo, un conocimiento originario de causas y efectos, etc.

Tal experiencia ha sido continua, desde la infancia a la vejez, según lo declara cuando escribe ya más que septuagenaria. Y agrega algunos detalles sorprendentes: la lumbre que ve no está fija y localizada, sino que es como una nube resplandeciente que porta un sol muy luminoso. Ella denomina esa nube o cobertura "*umbra viventis luminis"* (sombra de la viviente lumbre). Y luego agrega, en consonancia con muchos otros pasajes autobiográficos:

> "Sin embrago a veces veo dentro de esa misma lumbre (lo que llama nube), otra luz, que llamo ***lux vivens.*** No la percibo frecuentemente, y su forma me resulta indeterminada".

He aquí pues dos grados luminosos: la nube diáfana o *umbra luminis, y* la *lux vivens*, que es el centro mismo de la experiencia luminosa. Según este principio de concentración y expansión de la luz se ordenan todas las imágenes, complejas y sorprendentes, todas las configuraciones esferiformes, ovoidales, de círculos dinámicos que parecen ensamblarse en vastas espirales, limitadas y sin término al mismo tiempo. En esos espacios envolventes, globales, insólitos por sus tensiones dinámicas se proyectan, desplazan, emergen, declinan, advienen,

crecen o decrecen las configuraciones incluidas, angélicas, cósmicas, antrópicas, telúricas, para ascender de nuevo en vertiginoso vuelo a los ritmos originarios, aquéllos que son propios tal vez de la luz originaria que la conmueve desde la inocencia de su infancia, llena de asombro y recogimiento carismático.

No cabe referirse aquí a su fama notable, a partir de 1147; a su contacto y a su influencia en los poderes temporales y eclesiásticos, las consultas de que fue destinataria, las admoniciones graves y tremendas que hizo a las jerarquías de su tiempo, los consejos entrañables y lúcidos que impartió con acento de profetiza o sibila, en que se aúnan antigüedad y edad media con un estilo absolutamente incomparable. Todo ello surge muy claramente de su correspondencia, modelo de estilo directo, fuerte, nítido, que merece sin duda un lugar en la historia del epistolario universal. Digamos más bien dos palabras de su obra, a fin de ubicar con precisión el texto de esta visión del Anticristo.

Mencionemos en primer lugar escritos menores de imprecisa ubicación cronológica, seguramente una pausa en su comunicativa plenitud visionaria, pero que confirman la fisonomía monástica de Santa Hildegarde. La *Vida de San Disibodo y* la *Vida de San Ruperto* corresponden a la tradición hagiográfica vinculada a los lugares precisos de las fundaciones benedictinas que convive la Santa o que ella misma promueve. Luego la *Explanatio* de la Regla de San Benito que entronca con notables precedentes de comentarios espirituales, morales, referidos a la experiencia de la vida monástica, a la autoridad de abadesa, etc. En fin la *Explanatio* del Symbolo de San Atanasio con que podríamos subrayar el trasfondo trinitario, teándrico, paradisíaco de esta monja del siglo XII, no tan alejada, como podría parecer a primera vista, de aquellas profundas conmociones y despliegues de los primeros siglos cristianos. Tiene una cierta importancia este doble reclamo, a San Benito y a San Atanasio, por complejas interpretaciones del mundo medieval que sería preciso dirimir con mayor empeño, sobre todo por tratarse de una confluencia heleno-romano-germánica de grande y singular significado a mi ver. En fin la correspondencia, numerosa y variada, que ocupa la primera parte en la edición de *Patrología Latina,* tomo 197, col. 145-382. Como modelo de este epistolario, podríamos citar la epístola 48 que es una respuesta al vicario y a los clérigos de Colonia (col. 244-253), en la que describe el estado de corrupción y abatimiento del orden sacerdotal: *Vos enim nox spirans tenebras estis* (...) *Vos autem in unaqua-(¡ue volante saeculari fama jam lassati estis, ita ejuos interdum milites, interdum servi, interdum ludificantes cantores existitis* (...) *Dies ese deberetis, sed nox estis. Nam aut nox aut dies eritis.*

Luego las tres obras fundamentales, a saber: SCIVIAS (*Conoce los Caminos)',* el *Liber divinorum operum simplicis hominis* (Libro de las divinas obras del hombre simple) y la colección de descripciones, estudios, esbozos,

etc., denominada PHYS1CA, y cuyo título completo es en realidad: *Subtilitatum diversarum naturarum creaturarum libri novem* (Los nueves libros de las diversas y sutiles propiedades de las cosas), que ha tenido y sigue teniendo una influencia vasta e imponderable a veces en el área de la cultura occidental (mística, simbólica, naturalística, científica, descriptiva, histórica, imaginativa, poética, etc.). Veamos algunos detalles importantes de las dos primeras obras.

SCIVIAS está dividida en tres libros que se articulan sucesivamente del siguiente modo, desde los orígenes a la consumación. Entre paréntesis coloco las titulaciones de la edición alemana, que tiene la ventaja de resumir en una expresión, imagen o figura el contenido fundamental de la visión. El libro I comprende seis visiones y podría corresponder en sustancia al origen de la creatura, pasando por la caída angélica y concluyendo con los ángeles fieles. Las visiones se suceden así:

1) *Fulgor indeficientis serenitatis* (Der Leuchtende).
2) Lucifer (Der Ursprung der Bósen).
3) *Visibiblia et invisibilia Dei* (Mensch und Kosmos).
4) La nostalgia del alma (Die Seele und ihr Zeit).
5) La sinagoga (Die Synagoge).
6) De la condición y significación de los ángeles (Die Engel).

El libro II a su vez consta de siete visiones, o sea:

1) Acerca del Verbo Divino y del Redentor (Der Erlóser).
2) Acerca de los mysterios divinos (Der Urquell des Lebens).
3) De la regeneración en la Iglesia (Mutterschaft aus dem Geiste und dem Wasser).
4) La unción del Espíritu (Gesalbt mit dem Heiligen Geiste).
5) De los estamentos en la Iglesia (Der mystische Leib).
6) Cristo y la Iglesia (Die Hochzeitsgabe).
7) La contradicción entre los Fieles y el demonio (Der Widersacher).

En fin, el libro III que parece corresponder por su parte a la consumación de todas las obras divinas en la Iglesia y por ende a la consumación de la historia, comprende trece visiones, a saber:

1) La Lumbre Divina y su gloriosísima irradiación (Der Lichtkreis gottlicher Macht).
2) El Edificio que es la Iglesia Eterna (Das Gebaude des Heils).
3) Virtudes divinas y el Evangelio (Der Turm des Ratschlusses).
4) Las Columnas del Verbo (Die Saule des Wortes Gottes).
5) El celo de Dios y sus operaciones (Der Eifer Gottes).

6) El triple muro de la Fe (Die dreifache Mauer).
7) El Mysterio Trinitario (Die Saule der wahren Dreieinigkeit).
8) La Humanidad del Salvador y la Iglesia (Die Saule der Menschheit des Erlósers) La Torre de resplandeciente fulgor (Der Turm der Kirche).
9) El Joven sobre esa Torre (Der Menschensohn).
10) La figura del Anticristo (Das Ende der Zeiten).
11) Ultimas revelaciones (Der Tag der grossen Offenbarung).
12) Cántico final (Das Hohelied der Gnade).

El capítulo XI ocupa en el libro III de SCIVIAS un lugar que cierra la curva descriptiva y mística de la vidente. El "fin de los tiempos" tiene atingencia por supuesto con el desarrollo del libro I, en particular la *Visto* II; con el libro II, en particular *Visio* VI y *Visio* VII, y sobre todo con la representación de la historia cósmica, angélica, antrópica, que se concentra en la historia teándrica de Cristo y de la Iglesia. La palabra "historia" no traduce la verdadera impronta del texto mystico ni la densa perspectiva medieval, que liga sustancias, virtudes, operaciones, actos, consecuencias, voluntades, resonancias, etc. Tendríamos que recuperar la palabra *ktisis* que en el griego del Nuevo Testamento denota la totalidad orgánica de la creatura, incluido su despliegue espacio-temporal, que resulta indispensable en la plena manifestación teándrica, donde el Anticristo concentra, de una cierta manera, el mal cosmo-antrópico, el impulso angélico del mal (sin llegar a ser empero el demonio encarnado), porque concentra de esa *ktisis* deteriorada las reasunciones de la soberbia, desglosada del régimen teándrico.

La repartición ternaria de SCIVIAS obedece a una mística trinitaria de profunda radiación e influencia en la Edad Media. Pensemos que en el siglo XII acontece la obra del monje Joaquín da Fiore, de vasta resonancia ulterior, y que la tripartición del poema dantesco, aunque subraya la triple morada escatológica del alma, no es ajena tampoco a esa mística trinitaria. Santa Hildegarde no se afinca en ningún sistema teológico, pero sin duda por el progreso manifestativo de las visiones el despliegue ternario corresponde a *Creación*, *Redención*, *Glorificación.* En esta glorificación, el deslinde, articulación o enfrentamiento entre Anticristo e Iglesia supone tres motivos fundamentales para la vida mística cristiana (o sea para aquellos *arcana mysteriorum Dei*, convividos por el hombre en el despliegue temporal antedicho), a saber: erosión de la Fe Teándrica, atanasiana; nacimiento del Anticristo del seno mismo de la Iglesia; *numerus aureus* de la plena manifestación de la Fe en el Martirio (que es ante todo, en este eón cósmico-angélico-humano, *Martirio de la Iglesia*). Estos tres motivos entroncan con un pasado angélico, con una resonancia cósmica, indiscernible pero actuante, con una configuración misteriosa de la misma Iglesia, en fin con

una Presencia del Espíritu, activa justamente en medio de la corrupción de la Fe y el Martirio señalado. En este sentido la *Visio* XI, del Libro III, que el lector podrá recorrer pausadamente en nuestra traducción, no ofrece dudas.

Según el estilo de sus profericiones místicas, Santa Hildegarde comienza aquí con el reclamo a una doble visión, de nítida configuración, ya adelantada por otra parte en representaciones anteriores. La primera corresponde a cinco bestias y cinco cimas, a las que aquéllas están ligadas; luego un joven de pie en el ángulo de un edificio *y* la mujer que está erguida frente al altar de Dios. A partir de aquí, trocadas todas las formas en alegorías desentrañadas, en símbolos concipientes o en aperturas de inalcanzable profundidad revelatoria, el texto se encamina a definir la época y la figura del Anticristo, para concluir con un pasaje de ceñida rememoración de toda la historia mística de la Iglesia. Esta historia toma aquí los rasgos líricos de una balada, que se colma de enigmáticas alusiones, donde no se pueden fijar bien los lapsos o las configuraciones acontecidas, pero sí el misterio de la plenitud o la decadencia, ligadas siempre a una experiencia abierta o restringida del Mysterio Trinitario o del Mysterio Teándrico. (col. 722-724).

Las cinco bestias —can, león, caballo, cerdo, lobo— no parecen corresponder a períodos sucesivos, sino más bien a cortes estructurales de los acontecimientos. O sea, con el sesgo temperamental que las identifica en la tradición de los bestiarios medievales, cada bestia representa contenidos espirituales, preternaturales, histórico-cósmicos, sin que podamos asignar de modo exclusivo un animal a una época fija. Sí podríamos en cambio definir un sesgo que nos revela la condición de un tiempo, como si dijéramos: nuestro siglo corresponde a la figura temperamental del cerdo o del lobo. Aquí recordarnos nuevamente el poema de Dante, las tres bestias que cierran el camino al viajero extraviado (lonza, león, loba) y también enigmática figura del Veltro (perro, lebrel) del canto I del Infierno (v. 100-102):

Molti son li animali a cui s'ammoglia epiu
saranno ancora, infin che'l Veltro verra,
che la farh morir con doglia.

¿Podría ser el Veltro una figura animalesca del Anticristo? ¿Qué vínculo hay entre las visiones de Santa Hildegarde y la obra de Dante? El poeta no nombra a la monja en ningún pasaje del poema (como acontece e cambio por ejemplo con Joaquín da Fiore). Pero ¿significa esto que Dante no conoció nada de Santa Hildegarde, después de más de un siglo de su muerte (1179), y que no tuvo acceso a una obra, de resonancia indeleble, desde mediados del siglo XII? No parece probable. ¿O por el contrario Dante repudió las visiones de la monja germánica, por sentirse afincado en otra perspectiva histórico-teológica, en otras

concepciones sobre la consumación del mundo y de la Iglesia? Dejo planteada aquí esta cuestión de indudable significación teológica y filológica para el conocimiento de las complejas líneas del siglo XIII, y en particular para las complejas fuentes de la Divina Comedia.

Luego las cinco cimas que configuran poderes intramundanos: ellos impulsan la historia hacia su misteriosa consumación y de modo sustancial prolongan el deterioro de la *ktisis,* que comienza con la rebelión angélica. Tampoco creo posible hablar aquí de épocas sucesivas y precisas, que correspondan a uno de los signos propuestos: tal imperio, tal tiranía, tal régimen. Más bien cada cima es una sincronía de poder intramundano, ligado por cuerdas de color negruzco a cada bestia. O sea: que le comunica el impulso temperamental aducido, o bien que se sostiene como por cordón umbilical según la estructura sincrónica de cada animal, es decir, de cada convergencia concreta angélica, cósmica, histórica (*ita ut ab ore cujusque bestiae funis unus ad unumquemque apicem ipsius collis extenderetur, omnes sub nigri colorís,* col. 709 A). Podríamos pensar en un movimiento espiraloide que nos conduce, de concentración en concentración (bestias y cúspides) a la sincronía del lobo, o sea, la devastación, la ruina, la ferocidad de la depredación en Iglesia y en el Imperio (por tantos falsos *carismas y* falsos *poderes* que insumen todo el orbe). Este lobo pues la contraparte inequívoca del *Pastor Bonus.* Entendemos sin embargo que ese ritmo espiraloide no se refiere al pasado anterior a Cristo, o a los siglos que precedieron a ese siglo de las visiones hildegardianas. No; se refiere concretamente a los poderes advendrán desde ese momento (siglo XII) hasta el período del Anticristo, por lo menos, sin que la monja defina con claridad los lapsos siguientes a ese período.

Finalmente, la visión del Joven, o sea, Cristo; y de la Mujer, o sea, la Iglesia, cuya configuración nítida entra también en el deterioro, que es, según dijimos, un Martirio, el martirio culminante: por aquí entrevemos el misterio del *numerus aureus,* cuando haya de cumplirse la plenitud de los Santos, según doctrina de San Juan. Esto explica asimismo el origen del Anticristo, cuya cabeza se yergue brotada como de un parto monstruoso de la pelvis de esta misma mujer. Este misterio del Anticristo, nacido del seno mismo de la Iglesia, concebido de algún modo por sus entrañas *históricas,* corresponde al misterio del mal, resulta una contradicción en el ser de la *ktisis* (Libro I, Visio II): en la *ktisiografia* o en la *ktisiología* de Hildegarde el Anticristo es de un cierto modo la cúspide del mal (angélico, cósmico, histórico).

En esta compleja representación de la totalidad —totalidad *teándrica* inviolable, totalidad de la *ktisis* propuesta a la beatitud, totalidad del *mal,* concentrado en el Anticristo— despliéganse los septenarios místicos, que a su vez redimensionan aquellos vastos acontecimientos desde los orígenes a la

beatitud. Sin entrar ahora a una explicación completa del esquema (que goza de preferencia en ciertas concepciones medievales), advertiríamos en sustancia según las indicaciones dispersas en el texto, tres septenarios, concretos y místicos.

El primer septenario corresponde a los orígenes de la creatura (N° 1) y a su despliegue hasta la creación del hombre (N° 6), número imperfecto sin embargo que se cierra con el Descanso Divino (N° 7 de la primera Plenitud). Aquí la *ktisis* culmina en el hombre, pero pende del hombre.

El segundo septenario corresponde a los orígenes de la historia post-paradisíaca y a su consumación en los umbrales de la Beatitud. Adán representaría el N° 1, hasta el primer Advenimiento de Cristo o Encarnación del Logos (N° 6), que en cuanto a la historia es incoativo. Se cierra el segundo septenario con la historia de la Iglesia y la segunda venida de Cristo, o consumación perfecta de este segundo ciclo de la totalidad de la *ktisis.* Aquí en este ocaso del segundo ciclo, *ad vesperam*, acontece pues la venida del Anticristo, en la general corrupción de la Fe. Pues así como en el primer septenario se cumplieron sucesivamente las obras de Dios hasta la tarde de la Creación del hombre, así en el segundo septenario, Cristo como dice el himno litúrgico *ad opus stium exilen t venit ad vitae vesperam.* Sin embargo, la noción mística de tarde o víspera es en Santa Hildegarde un poco más compleja sobre todo en cuanto a la permanencia de la Fe en la Iglesia. No cabe duda que la Iglesia de Roma, iglesia del *occidente* o del *ocaso*, significaría tal vez la *tarde* de la Ecclesia beatísima, cuya figura contempla la vidente. Pero aquí subrayamos simplemente la correspondencia entre presencia del hombre el día 6º del primer ciclo, y la venida de Cristo *ad vitae vesperam*, el día 6º del segundo ciclo. Así entendemos la noción de *numerus aureus*, referido a la consumación histórica y mística de la Iglesia.

En fin, el tercer septenario coincide a partir del Juicio con el despliegue de la Beatitud, que la Santa deja a entrever como un ahondamiento del Mysterio Trinitario por la entera creatura, que renovaría siempre a partir de una obumbracion inatendida, la lumbre indeficiente que no cesa de comunicarse y recogerse en el abismo intocable de la Deidad. Pues así como los ángeles están siempre en el comienzo de una nueva alabanza, así la beatitud de la entera creatura o *ktisis* responderá al insondable centro divino, al inexhaurible mysterio perikhorético de Cristo y al hondísimo abismo del Espíritu vivificante. Pues respecto de los hombres y en cuanto al vínculo de la alabanza cultual con la *laus* angélica, la Santa anota la siguiente reflexión: *et quoniam in hac transitoria laude* (precisamente la que acontece en el peregrinaje de la Iglesia) *a caelesti laude deficiunt, laudem angelorum non attendunt, quia angelí sanctam divinitatem frequenter laudant, in Deo novam laudem semper invenientes*,

quoniam illum ad finem perducere non possunt. Ipse enim clarissimum lumen est, quod nullo modo exstinguetur (Liber divinorum operum, col. 1016 B)[3].

El primer septenario corresponde pues a la presencia de la *ktisis*-, el segundo a la redención del hombre y del cosmos; el tercero a la transfiguración teándrica, cerca de la cual nos encontrarnos ya: falta el advenimiento del Anticristo, el *numerus aureus* de los mártires, la segunda venida del Señor. Precisamente el *Liber divinorum operum* completa el grandioso tríptico de SCIVIAS, con detalles que sería menester puntualizar en un cotejo minucioso. No es ahora mi intención hacerlo. El *Liber* se articula también en tríptico, cuyas resonancias se despliegan en visiones congruentes y cuya temática parece concentrada en el microcosmos del hombre. Pues si SCIVIAS propondría el ritmo visionario desde la totalidad macrocósmica y omniangélica, el *Liber* resumiría su ritmo desde el *homo simplex*, que reasume todas las obras divinas y las desentraña a su vez en la historia. Según el prólogo de la misma Santa, fue redactado cuando ya estaba compuesta la obra ScrviAS y cuando la autora tenía sesenta y cinco años. En la parte III, *Visio* X (col. 1026-1038) encontramos los testimonios acerca del Anticristo, donde ella misma parece describir los tiempos del "hijo de perdición" según el sentido que en SCIVIAS tiene la figura del cerdo (Cf. 1027 D). Asimismo insiste en este segundo resumen temático en el desgarramiento de la Iglesia, después de un período de fidelidad a la "doctrina apostolorum *Interim* — dice Hildegarde— *etiam tam multae haereses et tam plurimae turpitudines cum aliis malis ebullient, quae etiam Antichristum in proximo adesse ostendent, ita ut homines eorumdem dierum dicant quod tanta crimina et tantae immunditiae prius non fuerunt sicut in diebus eorum apparuerint* (1027 C)[4]. Y más adelante: *iterum repente multae haereses multaeque contrarietates eclesiasticae dignitatis ebullent* (1028 B) . Asimismo agrega detalles importantes sobre la destrucción de la Cristiandad y sobre el martirio de la Iglesia *(et sic de longinquis regionibus ferocissimam et immundissimam gentem convocabunt* (...) *populumque Christianum ubique rapinis et proeliis invadent, et plurimas regiones et civitates destruent. Ecclesiasticas quoque disciplinas quam plurimis vanitatibus et immunditiis polluent, et omnes quos poterunt eodem modo contaminabunt* (col. 1024 B)[5].

Siempre hay en Santa Hildegarde el deslumbramiento de una *vis* lírica que asume, interioriza, exalta y configura. Por eso su relato tiene siempre una

[3] Y como en esta alabanza transitoria abandonan la alabanza celeste, desatienden la alabanza de los ángeles, porque los ángeles alaban con frecuencia a la santa divinidad, hallando siempre en Dios alabanza nueva sin que puedan darle fin. Pues Él es luz clarísima que de ningún modo puede ser extinguida (***Trad. del editor).***

[4] Entretanto surgirán además tantas herejías y tal cantidad de torpezas junto con otros males, que harán evidente también el inminente advenimiento del Anticristo, al punto que los hombres de esos días dirán que antes nunca hubo tantos crímenes y tantas impurezas como en sus días aparecieron ***{Id.).***

[5] Y así de regiones lejanas, se juntarán gentes por entero ferocísimas e inmundísimas (...) y de todas partes invadirán el pueblo cristiano con rapiñas y batallas y destruirán muchas ciudades y regiones. Ensuciarán las normas eclesiásticas con innumerables vanidades e inmundicias y contaminarán del mismo modo todo lo que puedan ***(Ibid.).***

referencia beatífica que impera sobre las visiones, calamitosas o tremendas. Pienso que estas características no están ausentes de esta visión del Anticristo, que se cierra por cierto con las *Visiones* XII y XIII. En particular, la última tiene un carácter lírico-dramático de indudable vigor lírico-teológico, muy pocas veces subrayado por nuestra filología moderna. La traductora alemana, en la edición citada, ha hecho sentir este ritmo culminante por un magistral traslado al alemán moderno, rescatando quizá el alma germánica de Santa Hildegarde, de manera que del ritmo vertiginoso de sus visiones, cuadros, figuras brota en última instancia un sentimiento de pura exaltación lírica, que coloca a Hildegard von Bingen en las cumbres de la poesía germánica medieval. Pues Beatitud y Lírica coinciden con admirable fuerza concipiente.

Tenemos ahora la posibilidad de confrontar y confirmar estas virtudes líricas en otros textos de la Santa. Me refiero a sus *Cánticos* (letra y melodía) [6], que definen a la mística benedictina del siglo XII signada por aquel espíritu musical, lírico y plástico, que resulta la más extraordinaria condición del mundo románico medieval. Pues las revelaciones de Hildegarde son revelaciones beatíficas, revelaciones para la Iglesia, transidas de un vigor profético, no frecuente con esos rasgos, de una interioridad y fervor *agapísticos*, concordes con su experiencia del Misterio Trinitario y en fin de una indeficiente claridad como la lumbre de la que advienen.

Quizá son para nosotros, en estos tiempos conflictivos e indigentes —tiempos del cerdo y del lobo en la Iglesia devastada y en la Cristiandad destruida— un magno consuelo, una magna lumbre, una nítida incitación a perseverar en la "doctrina apostolorum". Así lo entendemos nosotros y por eso aunque de modo muy modesto damos a conocer este texto sorprendente, cumpliendo un mandato de la misma Santa, que nos ilustra en tiempos que ella misma previó tan dramáticamente. Es además un signo promisorio que el nombre de Hildegard von Bingen de la beatífica Germania y Romania del siglo XII se encuentre otra vez misteriosamente ligado en tierra americana a la gran relumbre doctrinal de San Atanasio, doctor teándrico.

[6] Cf. Hildegard von Bingen, ***LIEDER.*** Nach den Handschrifte herausgegeben von Pudentiana Barth O.S.B., Immaculata Ritscher O.S.B. und Joseph Schmidt-Górg, Salzburg, Otto Müller Verlag 1969.

De una antigua representación pictórica de la Vision XI realizada probablemente bajo supervisión de la Santa

SCIVIAS

(Líber III, Visio XI) [7]

(709) *Luego vi hacia el aquilón, y he aquí que allí se erguían cinco bestias. De ellas una era como un can ígneo, pero no quemante; otra como un león de color rojizo, la tercera como un caballo pálido, la cuarta como un negro cerdo y la quinta como un lobo grisáceo, y se inclinaban hacia occidente. Y en occidente frente a esas bestias apareció como una colina que tenía cinco puntas, de modo que desde la boca de cada bestia se extendía una cuerda hasta cada una de esas puntas, todas de un color casi negro, sobre todo aquella cuerda que se tendía desde la boca del lobo, que por una parte parecía negro y por otra blanco. Y he aquí que en oriente aquel joven que había visto primero erguido sobre el ángulo de unión en aquel edificio luminoso y de ricas piedras, vestido con una túnica purpúrea, otra vez lo vi sobre el mismo ángulo, pero se presentaba desde su cintura hacia abajo, de modo que desde la cintura hasta la pelvis refulgía como*

[7] Constan en cursiva la descripción de la ***Visio*** misma y las referencias a ella en el decurso explicativo, y se añadieron las remisiones a las citas bíblicas. Sólo esto difiere con lo que consta en la edición escrita citada.

una aurora, y había allí como una lira con sus cuerdas, colocada en posición transversal; desde este lugar hasta los talones de sus pies se presentaba de color sombrío, y desde aquí y todo a lo largo de sus pies, con un color más blanco que la leche. En cambio aquella mujer que había visto frente al altar — que está ante los ojos de Dios— ahora también se me presentó de nuevo, de modo que también la contemplaba desde su cintura hacia abajo. Desde la cintura a la pelvis tenía variadas y escamosas manchas. En la pelvis apareció una monstruosa cabeza de color renegrido, con ojos de fuego, orejas de asno, fauces y narices de león, que rechinaba sus dientes, horribles y de hierro como si los estuviera aguzando horriblemente. Pero desde esa cabeza hasta sus rodillas aquella imagen era blanca y rojiza y como golpeada por mucha contrición. Y desde las rodillas mismas hasta las dos franjas que parecían blancas y tocaban de un modo transversal el talón de los pies por la parte superior, aparecía de un tono sanguinolento. Y he aquí que aquella monstruosa cabeza comenzó a moverse de su posición de modo (710) *que la imagen toda de la mujer en todos sus miembros a partir de allí se estremecía. A esa cabeza estaba unida una enorme masa de copiosísima inmundicia, por la que como si se elevara sobre un monte intentaba ascender las alturas del cielo. Pero de pronto aconteció como el golpe de un trueno y sacudió con tanta fuerza a dicha cabeza, que cayó de aquel monte y expiró en la muerte. Por 1o que súbitamente una niebla fétida envolvió todo el monte, y en ella la cabeza se entremezcló con tanta inmundicia que los pueblos que miraban se sintieron tomados por un gran temor, mientras la misma niebla permaneció un tiempo más cubriendo el monte. La gente circunstante, al contemplar esto, decía entre sí, sacudida por el terror: ¡Ay! ¿Qué es esto? ¿Qué significa esto para nosotros? ¡Desdichados de nosotros! ¿Quién nos ayudará, quién nos librará de esto? No sabemos cómo hemos sido engañados. Dios omnipotente, ¡apiádate de nosotros! Retornemos pues, retornemos; cumplamos el testamento del Evangelio de Cristo, ya que, ¡ay!, hemos sido engañados amargamente. Y he aquí que los pies de la mujer antedicha comenzaron a ponerse blancos, difundiendo un esplendor más brillante que el esplendor del sol.* Y oí una voz del cielo que me decía: Aunque todas las cosas que existen en la tierra tienden a su fin, de modo que el mundo, dispuesto por defecto de sus fuerzas al cumplimiento de su destino, por la multitud de fatigas y calamidades ya se incline hacia su término, sin embargo la Esposa de mi Hijo, abrumada de fatigas en sus hijos, de ningún modo será quebrantada ni por los preanuncios del hijo de perdición, ni por el mismo autor de perdición, aunque sea atacada por todos ellos. Ella hacia e1 fin de los tiempos, afirmándose con mayor robustez y fuerza, recobrará mayor belleza y diafanidad, ya que de este modo se encamina al abrazo de su amado más suave y dulcemente. Todo 1o cual lo indica místicamente esta visión que contemplas. Pues *diriges tu mirada hacia el aquilón,* y allí se yerguen cinco bestias que son en los deseos carnales, por los que no cesa la mancha del pecado, cinco

ferocísimas épocas de los reinos temporales que se gozan ferozmente en sus excesos. *Una es como un perro ígneo, aunque no ardiente,* porque el curso de esos (711) tiempos tendrá hombres dedicados a despedazar su propia sustancia; ellos mismos, en su propia estimación, se tendrán como fuego, pero en la justicia de Dios serán considerados carentes de ardor. *Otra como un león de color rojizo,* porque aquella época producirá hombres belicosos, que promoverán muchas guerras por cierto, pero en ellas no respetarán la rectitud de Dios; y su color rojizo indica que esos reinos comenzarán a caer en la fatiga de su propia debilidad. La siguiente *como un caballo pálido*, porque en esos tiempos habiendo trocado los hombres la práctica de las buenas virtudes, serán completamente lascivos, en medio de un diluvio de pecados y de un insaciable placer, hasta que el corazón de aquellos reinos se estremezca en la palidez de su propia ruina, porque entonces perderá el color de su fortaleza. *Otra bestia en cambio es como un cerdo negro,* porque esa época tendrá gobernantes que promoverán la negrura de una gran tristeza, envolviéndose ellos mismos con la podre de la inmundicia, o sea, olvidando la ley divina en la interminable contradicción de sus fornicaciones y de otras abominaciones semejantes, maquinando además muchos desgarramientos de los divinos mandatos coherentes con la santidad. Luego *el lobo de color grisáceo,* porque en aquellos tiempos sufrirán los hombres muchas rapiñas tanto en el manejo del poder como en otras coyunturas que ellos mismos gestarán para sí. No se mostrarán pues en sus versatilidades ni blancos ni negros, sino grises, mientras que en sus contiendas y divisiones derribarán las cabezas de aquellos reinos, porque entonces llegará el tiempo del irrefrenable apetito de mucha gente, cuando el error de los errores se erija desde el infierno hasta el cielo, tanto que los hijos de la luz serán puestos en los tormentos de su propio martirio, por no negar al Hijo de Dios y por rechazar al hijo de perdición, que intentará con artes diabólicas hacer cumplir su voluntad. Y *estas bestias se inclinan hacia occidente*, porque estos tiempos de caducidades siguen la ruta del sol que muere, ya que así como él nace y cae, así ocurre con los hombres.

También allí en occidente, frente a las bestias, preséntase como un monte que tiene cinco puntas, porque en aquellos mismos decursos temporales el manejo del poder se dispondrá según carnales concupiscencias según se muestra en la expresión de esas cinco elevaciones, de modo que *de la boca de cada bestia se extiende una cuerda hasta cada una de esas puntas.* Y porque desde el comienzo de aquellos tiempos se orientará la condición de cada momento según el ejercicio de cada poder, es decir, de cada altura, *todas las cuerdas son de color negruzco, excepto aquella cuerda que se extiende desde la boca del lobo, la cual parece en parte negra y en parte blanca*, ya que esos detalles corresponden a la cambiante contumacia del placer en los hombres. Y en cuanto al tono negro advierte sobre la voracidad de la rapiña, que ha de promover

muchas iniquidades, de tal modo sin embargo que en todo lo que acontezca según esa misma iniquidad, marcharán en la total pureza de la justicia quienes por sí mismos se opongan a los aterradores milagros del hijo de perdición, tal como Job, mi servidor, 1o muestra del varón justo que cumple la Justicia, cuando dice: *"El inocente será suscitado contra el hipócrita, y mantendrá el justo su camino y añadirá fortaleza a sus manos puras"* (Job 17, 8 9) . O sea, quien es inocente de todo obrar culpable, esto es (712) de homicidio, fornicación y otras obras malas semejantes, como una ardiente chispa se levanta contra aquél que siempre miente en sus obras ¿Cómo? Porque aquél habla de miel, pero devora veneno, y llama amigo a quien como a un enemigo ahoga, o sea, suenan dulces palabras, pero dentro de sí ocultan la malicia, y cuando habla al amigo con dulzura, procura matarlo con sus insidias. Pero quien usa una vara para ahuyentar de sí mismo indignas bestias, según recto camino de su corazón, tiene también diáfanos caminos ante el sol refulgente, porque él mismo resulta clara chispa y diáfana luz en Dios, como una fulgente antorcha, y por eso rodeándose de muy fuertes y purísimas obras, les contrapone un fuerte escudo y una espada eficaz, apartando de sí los vicios y practicando las virtudes.

Por lo que también *aquel joven que habías visto hacia el oriente sobre el ángulo de unión de un edificio diáfano y de ricas piedras, vestido de túnica purpúrea, sobre el mismo ángulo lo ves de nuevo*, porque, oriente de la justicia, el Hijo del Hombre es el que establece la fortaleza de la unión entre la ciencia especulativa y el obrar humano, según la bondad del Padre que edifica hacia lo alto, en cuanto el mismo Hijo del Hombre, según voluntad de su Padre, derramó su sangre para salvación del mundo (tal como ya te fue mostrado), también allí él mismo, sentado en ese caso, una vez más se te manifiesta sobre esa misma altura, mediante los mysterios de sus milagros para confirmación de la Verdad. Ahora *se te presenta de la cintura hacia abajo*, porque a partir de la fortaleza de sus miembros, es decir sus elegidos, donde el mismo Esposo de la Iglesia mantiene su vigor hasta que aquellos se completen, ves muchos signos admirables y oscuros. Es decir, de modo que *desde la cintura hasta la pelvis refulge como una aurora*; porque a partir de aquella perfección, como que ya sus miembros fieles tienen la perfección de la fortaleza, hasta el tiempo del hijo de perdición, que simulará ser varón de virtud, (el Esposo) mostrará el fulgor de la justicia en la rectitud de los que devotamente lo honran. Por eso allí *se encuentra como una lyra con sus cuerdas*, lo que significa en aquella persecución, por la que el hijo de iniquidad inferirá muchos tormentos a los elegidos, el gozo de los cánticos de aquéllos que ya por las crueles torturas se han librado de los nexos corporales y han alcanzado la paz.

Luego *hasta los talones de sus pies el color sombrío*, porque desde la persecución que habrán de padecer los fieles, suscitada por el hijo del diablo, hasta la doctrina de los dos testigos, es decir, Enoch y Elías, que apartarán las

cosas terrenales y dirigirán sus esfuerzos a las cosas del cielo, la fe de la Iglesia como institución habrá de encontrarse en duda, y los hombres llenos de tristeza dirán: "¿Qué es 1o que se dice de Jesús? ¿Es al fin verdadero o no?" En cambio *desde esa línea que por arriba toca los talones preséntase un color más blanco que la leche,* cubriendo en forma total sus pies, lo que señala que desde el testimonio de aquellos dos testigos, abiertos a la expectación de los premios eternos, una vez abatido el hijo de perdición (713), el Hijo antes del fin del mundo resplandecerá en un fulgor muy diáfano y muy bello en la Fe Católica, de modo que entonces sin dificultad la verdad será reconocida manifiestamente y, la falsedad, propia del hijo de iniquidad, será borrada en todas las cosas, como lo atestigua David, mi servidor, cuando dice: *"El rey empero se gozará en Dios, alabados serán todos los que juran en él, porque ha sido tapada la boca de los que profieren iniquidades* " (Salmo 62, 12). Esto debe interpretarse: la profundidad de la ciencia que es la magna condición de1 hombre, es decir, que plasma la bella forma de las palabras con la voluntad y la dispensación divinas, alcanza estrecha armonía con el altar de Dios, porque conoce a Dios, y los beatíficos corren en la alabanza de sus mentes hechas de música, haciendo templar el sentido de las palabras en la purísima fuente del fortísimo dominador, cuando en esos tiempos de perdición se destruyan las fauces que lanzan silbidos de artes diabólicas, para manchar torpemente la mente de los hombres.

Además *aquella imagen de mujer que habías contemplado anteriormente frente al altar, que está ante 1os ojos de Dios, ahora de nuevo aquí se te aparece:* porque la Esposa del Hijo de Dios, que clama con las purísimas oraciones de los Santos, y las ofrece devotamente a quien las escruta en lo más alto, según lo que te fue mostrado, ahora también se te manifiesta en 1 os mismos signos a manera de confirmación de la justicia; de modo sin embargo que *sólo la ves desde la cintura hacia abajo*. Porque ella misma se te manifiesta, según el carácter de aquella obra, con la que se va constituyendo por ministerio de la dignidad eclesiástica hasta la plenitud de sus hijos en los misterios de incontables milagros para amparo de muchos. Pues *desde la cintura a la pelvis tiene variadas y escamosas manchas*; 1o cual significa que desde aquella fortaleza por la cual tiene vigor de un modo digno y admirable solamente en sus hijos, hasta aquel tiempo en que el hijo de perdición intentará llevar a cabo sus artes, que el diablo insinuó a la primera mujer, comportará de un modo lamentab1e y digno de compasión la variedad y el rigor en medio de la oposición de muchos vicios, tanto en los males propios de la fornicación como en otros mortíferos y destructores. ¿Cómo? Porque aquéllos que debieran amarla, la perseguirán sin descanso.

Por lo cual *aparece también en la pelvis esa cabeza monstruosa y renegrida,* porque con artes, similares a las de la primera seducción, irrumpirá la enajenación del hijo de perdición, en monstruosas degradaciones y en

tenebrosas iniquidades. *Con ojos de fuego, orejas de asno y fauces de león,* porque difundirá las energías de un fuego nefastísimo que trastorne, y esparcirá sonidos abominables de contradicción, para que los hombres nieguen a Dios, infundiendo en todos los sentidos un hediondísimo contacto, desgarrando lo que está establecido en la Iglesia con crudelísima rapacidad y *rechinando con sus horribles fauces y aguzando horrorosamente sus dientes horribles y como de hierro*, porque con la voracísima abertura de los vicios impondrá de modo cruel a quienes lo consientan la fuerza y la locura de sus fauces. *Y desde esa cabeza hasta sus rodillas alba y rojiza y como golpeada por mucha contrición*, porque desde el momento de aquellos funestísimos desvíos con que el hijo de perdición intentará primeramente con astucia atractiva y suave seducir a los hombres hasta (714) el tiempo aquel en que intentará doblegarlos y someterlos de modo más cruel, la Iglesia confortará en sus hijos la blancura de la verdadera Fe, pero en ella soportará la angustia de una parálisis sangrienta y las mayores llagas de las diversas pasiones. *Pero desde las rodillas hasta aquellas dos franjas que de modo transversal tocan los talones de sus pies y son de color blanco, aparece de un tono sanguinolento*, porque habiendo ya sufrido lo que será el ímpetu de aquella opresión, hasta el momento de los dos testigos de la verdad, que fortalecerán a la Iglesia y mostrarán, estando ya próxima la consumación del mundo, el fulgor de la justicia y la rectitud, la Iglesia padecerá malvadísimas persecuciones y crudelísimas efusiones de sangre, en aquellos que habrán de rechazar al hijo de perdición. ¿Por qué? Cuando el hijo de perdición haya ya consolidado con engaños la confianza y el apoyo en su doctrina contraria a la Fe, entonces también la Iglesia, en el final de su carrera, será bañada con nobilísima sangre; ella estará completando en forma definitiva su mansión celestial. Pues vosotros, oh ámbitos de Jerusalén, resplandeceréis entonces en el oro sublime por la sangre de los Santos, ya que entonces el diablo será aniquilado, porque ha perseguido a los miembros del reino celeste, de modo que con antelación al grande terror de su parte podemos decir que está reducido a la nada.

Pero, oh vosotros hombres, que deseáis habitar en esos ámbitos, huid de él y adorad a Dios que os creó. Pues en seis días completó Dios su obra y en el séptimo descansó de su operar. Y esto ¿qué significa? Seis días son seis números del tiempo; pero en el sexto nuevos milagros se añadieron al mundo, de modo que en el sexto día Dios completó su obra. Ahora empero el mundo, en el séptimo número del tiempo, está como en el día séptimo. ¿Cómo? Los Profetas han completado sus voces, mi Hijo también ha cumplido hasta el fin mi voluntad en el mundo, y abiertamente el Evangelio ha sido predicado por todo el mundo. Éste, el Evangelio, aunque en medio de mucha diversidad de costumbres entre los hombres, sin embargo bien fundado por mí, persiste a través del tiempo de los tiempos del número pleno y a través de un

complemento de años en esos tiempos del mismo número pleno. Pero ahora la católica Fe vacila en los pueblos y en los hombres declina el Evangelio; y asimismo los fortísimos volúmenes que doctores probadísimos concentraron con mucho estudio, se disipan con el torpe tedio, y se ha entibiado el alimento de vida de las Sagradas Escrituras. Por eso hablo por medio de una persona que no profiere según su propia ciencia de las Escrituras y que no ha sido formada por ningún terrenal maestro. Sino Yo que Soy proferiré por ella nuevos secretos y muchas cosas místicas que hasta ahora permanecieron ocultas en esos volúmenes, como hace el hombre que prepara primero la arcilla y luego con ella plasma algunas formas según su voluntad.

Oh doctores capaces de alcanzar verdadera experiencia, redimid vuestras almas y proclamad con fuerza este discurso, y no seáis incrédulos ante él, porque si lo despreciáis, Me despreciáis a mí que soy veraz. Pues vosotros debéis nutrir a mi pueblo según mi mandato, vuestra misión es cuidarlo durante todo el tiempo prefijado a esa vigilancia. Pero a partir de este tiempo tenéis los tiempos de los tiempos según prefijada determinación y ya estáis corriendo hacia aquel tiempo (715) en el que vendrá el hijo de perdición. Recobrad vigor y fuerza, elegidos míos, y precaveos de no caer en el lazo de la muerte; erguid empero el estandarte de estos discursos y lanzaos contra el hijo de iniquidad. Pues en el error de aquellas sendas que anticipan y siguen al hijo de perdición, a quien vosotros llamáis el Anticristo, imitad los pasos de aquél que os enseñó el camino de la verdad, cuando por la Encarnación apareció en el mundo, lleno de humildad y no de soberbia. Oíd pues y entended. El Espíritu previene a la Iglesia acerca del tiempo del novísimo error. La muerte irrumpirá en la Iglesia, en la misma hora que en el fin de los tiempos el maldito, el hijo de la maldición, llegue, que es maldición de maldiciones, como lo atestigua mi Hijo en el Evangelio a propósito de la ciudad del nefastísimo error: *"¿Y tú Capharnaum, crees que serás exaltada hasta el cielo? Hasta el infierno descenderás"* (Mateo, 11, 23). Esto significa: Oh antro de iniquidad, fosa de fingimiento, que exhibes alas de simulación de todos los hipócritas, cómo podrías permanecer en la cúspide del templo, si tu ojo está dedicado a contemplar las maldades de todos los vicios, que ocultan la lumbre ardiente en la inmundicia, mientras proclaman: ¿Quién es semejante al parricida en la hipocresía, a quien los estultos llaman dominador? ¿Podrías acaso tener el cielo en los milagros de sus signos, mientras tiñes tu dedo en el báratro? ¿Cómo? Tus obras reclaman el fondo del infierno, en cuya voracidad una vez absorbidas yacerás tú también, porque también el hedor infernal lo vomitará y en él el mundo verá la amargura de la muerte en quien es perdición de perdiciones.

La cabeza sin embargo no puede existir separada del vientre y de todos los demás miembros. Cabeza de la Iglesia es el Hijo de Dios, el vientre y todos los demás miembros es la Iglesia con sus hijos. Pero la Iglesia no está aún completa

en sus miembros y en sus hijos, sino que en el novísimo día, cuando se complete el número de elegidos, entonces la Iglesia estará también plena. Pero también entonces en el último día acontecerá una confusión en toda la redondez del mundo. Cuando Yo, Dios, purifique los cuatro elementos junto con aquello que es mortal en la carne del hombre, será también entonces pleno el gozo en el retoño de la Iglesia. Pues tal como se ha dicho, en seis días Dios llevó a cabo sus obras. Cinco días son cinco números del tiempo, en el sexto fueron manifestados en la tierra nuevos milagros, ya que el sexto día fue formado el primer hombre. Pero ahora el número seis ha terminado y hemos entrado en el número séptimo, en el cual está colocado el curso del mundo como en el séptimo día del descanso, porque aquel trabajo que los fortísimos doctores tuvieron en la profundidad de los sellos cerrados de las Santas Escrituras, ahora abiertamente manifestado, debe ser proferido abiertamente con palabras cuidadosas, como son las palabras de este libro, según corresponde al séptimo día de descanso. Pues seis días cuadran a la obra, y el séptimo al descanso. No hay otro número para el tiempo y lo que se sigue para ti, oh hombre, no conviene inquirirlo, pertenece al secreto del Padre. Pero vosotros, humanos, a partir de este tiempo advertid: en vuestro curso tenéis el tiempo de los tiempos antes que venga aquel homicida, que querrá pervertir la Fe católica. Lo que empero acontezca después (716) no es para vosotros ni tiempo ni momento de saberlo, como tampoco podéis saber qué sea después de los siete días de la semana; solamente el Padre conoce esto y él ha puesto todo eso en su inviolable potestad. En cuanto a los días de la semana o sobre el tiempo de los tiempos de este siglo tampoco debes inquirir más, oh hombre.

Después de los cinco números de este eón produje empero para el mundo milagros celestiales. Y así como en esos cinco días la otra creatura, anterior al hombre, había sido creada, la cual está sometida al hombre, así también la plenitud de los infieles y de los judíos se manifestó primeramente y las diversas contradicciones en los diversos males, tanto del pueblo gentil como del judaico pudieron difundirse; cumplieron sus sudores ya 1a ley y la profecía y todos los pueblos habían sido probados tanto en los males como en los bienes, antes que mi unigénito recibiera su carne de una Virgen. Pues no hubiera sido posible determinar su advenimiento, si no hubiesen estado anticipadas todas estas cosas, de modo que en Él toda justicia fuera probada, y toda injusticia declarada escándalo por Él. Porque si mi Hijo hubiese llegado antes, ello hubiera sido una acción carente de sabiduría, como obraría sin prudencia aquel hombre que quisiera recoger su cosecha antes que madure. Y si su Encarnación hubiese sido dilatada hasta el fin del mundo, entonces hubiese venido de modo súbito, a manera de un cazador de aves que las aprisiona con engaños, sin que ellas sepan de qué modo entraron en la red. En cambio mi Hijo llegó en el tiempo en que como ocurre con el día, éste después de nona tiende a vísperas, o sea, cuando el

máximo vigor de la luz comienza a decrecer y comienza a advertirse el frío. Así después de los cinco números del mundo, mi Hijo se hizo presente en el mundo, cuando el mundo comienza a correr ya hacia el ocaso. ¿Para qué entonces? Él mismo en efecto con su venida entreabrió la médula de la ley, cuando convirtió en vino el agua de la ley, cuando hizo brotar en incontenible fluir todas las virtudes, lo que se completó con su venida en tiempo tan oportuno, de modo que las virtudes de la Iglesia, que el Espíritu Santo encendió, se consolidaran con inquebrantables raíces en los hombres y que la virginidad que Él mismo exaltó se multiplicara y se extendiera en maravillosas simientes de flores.

El enajenado homicida sin embargo, o sea el hijo de perdición vendrá en brevísimo tiempo; cuando ya el día comienza a declinar, latente el sol en el ocaso, cuando ya cae el novísimo tiempo y el mundo deja su connatural plenitud. Oh fieles míos, oíd empero este testimonio e inteligidlo con devoción para cautela vuestra, no sea que por ignorarlo el error de ese destructor, al llegar repentinamente, os precipite en la ruina de la infidelidad y de la perdición. Por donde revestid ahora las armas (de la Fe) y, advertidos de antemano de este modo, preparaos con recursos fidelísimos para una batalla muy intensa. Pues cuando haya advenido aquel tiempo en que el nefastísimo trastornador nazca con todos sus horrores, aquella madre que dará a luz a este tentador del mundo, desde su adolescencia, en edad de su niñez, colmada de vicios por muchas artes diabólicas, será alimentada en el desierto de la abyección entre nefandísimos hombres, sin saber sus progenitores que ella allí permanece ni con quienes cohabita, porque el diablo la persuadirá encaminarse a ese lugar; y engañándola como si fuera un ángel santo habrá de prepararla allí según su voluntad. Ella entonces (717) se separa de los humanos, para que tanto más fácilmente pueda disimularse, por lo que también se mezcla ocultamente por nefastísimo latrocinio de fornicación con algunos aunque pocos varones, se mancha con ellos en un insaciable afán de turpitud, como si un ángel santo le ordenara completar aquel fervor de todas las maldades. Y así en el ferventísimo fuego de aquella impureza concibe al hijo de perdición, sin saber de qué semen entre aquellos varones lo haya concebido. Pero Lucifer serpiente, o sea, la antigua delectación en esta turpitud, según un justo juicio mío, insuflará con sus artes este embarazo, y lo poseerá con todas sus influencias en el vientre de aquella madre, de modo que aquel trastornador provendrá del vientre de su madre ya colmado de espíritu diabólico. Luego ella evita la acostumbrada fornicación y dice abiertamente al pueblo necio y sin saber alguno que no cohabita con varón alguno y que no conoce al padre de su hijo. Y en cuanto a la impureza consumada, la llamará santa. Por lo que también el pueblo la considera y la llama santa.

De este modo el hijo de perdición se nutre con artes diabólicas hasta una edad ya crecida, siempre substrayéndose a todo el pueblo que él conoce. Su

madre sin embargo lo muestra entretanto con ciertas artes mágicas tanto al pueblo que adora a Dios, como al incrédulo, de modo que todos lo vean y lo amen. Cuando él haya llegado a la plena edad, enseñará ostensiblemente una doctrina contraria (a la Fe) y luchará de este modo contra Mí y mis elegidos, después de haber consolidado una extraordinaria capacidad, tanto que en sus magnos poderes se atreva a elevarse sobre las nubes. Pues Yo, con justa determinación, permito que él ejerza su voluntad sobre diversas creaturas, porque así como el diablo dijo al comienzo: "Seré semejante al Altísimo", y cayó, así también permito que el mismo diablo en el novísimo tiempo caiga, cuando él mismo diga por boca de su hijo: "El salvador del mundo soy yo". Y así como todos los eones de fieles creaturas conocieron que Lucifer fue mentiroso, cuando en el comienzo de los días quiso hacerse semejante a Dios, así también todo hombre fiel verá que el hijo de iniquidad es mentiroso, cuando antes del novísimo día se haga semejante al Hijo de Dios.

Él mismo es en efecto una pésima bestia, asesino de los hombres que lo rechazan, y socio de reyes, duques, príncipes y ricos, diestro en el menosprecio de la humildad y en la exaltación de la soberbia, tirano en toda la redondez de la tierra por medio de sus artes diabólicas. Pues su poder alcanza hasta las regiones del viento, de tal manera que parece excitar el aire, hacer bajar fuego del cielo y producir rayos, truenos y granizo, abatir montes, desecar extensiones de agua, quitar a los bosques su verdor y devolverles otra vez la savia de sus follajes. Exhibe esos engaños en diversas creaturas, o sea, en la humedad, el verdor o la aridez de ellas. Además no cesa de practicar sus confusiones en los seres humanos. ¿Cómo? Parecerá en efecto causar la enfermedad en los sanos y la salud en los enfermos, arrojar demonios y a veces hacer resurgir a los muertos. ¿Cómo? En efecto, cuando se haya retirado de la vida alguien, cuya alma está en realidad en poder del mismo diablo, con el cadáver de aquél, como dije separado de la vida, (718) por permisión Mía, pondrá de manifiesto sus engaños, haciendo por ejemplo se mueva ese cadáver como si fuera un viviente, lo que sin embargo le será permitido hacer por brevísimos momentos y no por mucho tiempo, de modo que no sea posible por un pretexto semejante burlarse o tener por inexistente la gloria de Dios. Algunos viendo esto confiarán en él; otros en cambio aunque querrán conservar la primitiva Fe, optarán siempre por él para que les sea propicio. A los cuales no queriendo herir con demasiada dureza, les enviará algunas enfermedades. Entonces, después de haber procurado remedio y auxilio de los médicos, no podrán curarse y recurrirán a él, intentando saber si puede curarlos. Al ver que vienen hacia él, les suprimirá la debilidad que él mismo les había ocasionado. Por lo que estimándolo sobremanera, creerán en él. Y así muchos serán engañados, porque ellos mismos entenebrecen los ojos del hombre interior, por los cuales habrían debido retornar su mirada hacia Mí, queriendo conocer por el examen de su inteligencia, como en una cierta

novedad, lo que ven con los ojos exteriores, o que palpan con las manos, menospreciando aquellas cosas invisibles que en Mí perduran, y que deben ser contempladas por la verdadera Fe. Porque los ojos mortales no pueden verme, sino que en plena obumbración muestro mis milagros a quienes Yo deseo. Nadie empero Me verá jamás mientras perviva en cuerpo mortal, sino en la sombra de mis mysterios, tal como le dije a Moisés, mi servidor, según está escrito: *"No me verá el hombre y podrá seguir viviendo"* (Éxodo, 33, 20). Es decir, el carácter propio de mortalidad en quien está en la vida mortal impide que dirija su mirada al fulgor de mi divinidad, de tal modo que pueda conservar la vida mortal en la ceniza incorruptible, mientras sigue en el cambio del tiempo que pasa, que deje una vida y se pase a otra. Porque todo lo que vive ha sido consolidado por Mí y porque Yo vivo y en Mí no hay mudanza alguna. Pues así como el mosquito no puede vivir si se echa en la llama del fuego, así tampoco el hombre mortal podría subsistir si viera el resplandor de mi divinidad. Pero Yo, mientras los hombres están inmersos en la pesadez de su mortalidad, me presento en la obumbración, tal como un pintor que hace ostensible a los hombres aquellas cosas invisibles, por medio de las imágenes de su pintura. Porque, oh hombre, si me amaras, te abrazaré y te haré sentir mi calidez con el calor del Espíritu Santo. Pues si me contemplas con buena intención y tratas de conocerme en tu Fe, entonces yo también estaré contigo. Pero los que me desprecian, se entregan al diablo, porque no quieren conocerme. Por donde yo también los excluyo.

A ésos empero el diablo los engaña y trastorna del modo que quiere, de tal manera que éstos piensan que es verdadero todo lo que les muestra. Y el diablo les infunde esta misma capacidad de engaño, siempre que confíen en él, de modo que estos hombres, según voluntad propia, engañosamente practican para los otros hombres diversos portentos en las creaturas, según el poder de estas mismas artes diabólicas. Pero sin embargo no pueden transmutar a otra condición ni los elementos ni las restantes creaturas que han sido creadas por Dios, sino que solamente por medio de fingidos resultados, para quienes creen en ellos, pueden plasmar ciertas realidades terribles como si fueran nieblas fugaces. Pues también Adán por codiciar más de lo que debía tener, (719) perdió la gloria del paraíso; así también ésos dejan la visión y la audición del hombre interior, porque abandonan a Dios y rinden culto al diablo.

Según estas características el hijo de perdición practica la ilusión de sus artificios en los elementos, mostrando en ellos belleza, dulzura y suavidad acorde con la voluntad de los hombres a quienes engaña. Pero este poder le está permitido, para que los fieles disciernan en la recta Fe, porque el diablo no tiene ningún poder sobre los buenos, sino solamente en los malos, un poder de muerte eterna. Pues todo lo que realiza ese hijo de la iniquidad, lo hace con tiranía, soberbia y crueldad, ya que no tiene misericordia ni humildad ni justicia; pero

mediante su poderío y sus extraordinarias maravillas conmina a los hombres a que lo sigan, consigue la voluntad de muchos pueblos, diciéndoles que hagan libremente la propia voluntad, que no hagan penitencia en vigilias o ayunos, proponiéndoles que sólo amen a su dios, que simula ser él mismo; que de este modo, liberados al fin del infierno, alcancen realmente la vida. Por donde aquéllos, engañados de este modo, dicen: "Ay de aquellos desdichados, que existieron antes de estos tiempos, porque torturaron su propia vida con tan crueles tormentos, sin conocer ¡ay! la piedad de nuestro dios". Él en efecto les muestra sus tesoros y riquezas, y les permite vivir en la gula según voluntad de cada uno, confirmando su doctrina con signos engañosos, de modo que todos piensan que de ningún modo es menester disciplinar y castigar el cuerpo. Además les ordena observar la circuncisión y el judaísmo según las costumbres de los judíos, mientras que aquellos preceptos más duros de la ley, que el Evangelio convierte en gracia por la digna penitencia, los hace más laxos, conforme a la voluntad de cada uno. Y les dice: "Quien a mí se convierte, le son borrados sus pecados y vivirá conmigo eternamente". También anula el bautismo y el evangelio de mi Hijo, y se burla de todos aquellos preceptos que han sido tradición de la Iglesia. Y sin cesar repite a los que le sirven, diciendo con diabólica burla: "Ved quién y qué insano fue aquél que ordenó al pueblo simple observar esta conducta, engañándolo con sus mentiras. Yo en cambio quiero morir por vosotros y para vuestra gloria y luego resucitar de la muerte. Y así libraré a mi pueblo del infierno, para que desde entonces viváis conmigo en mi reino glorioso, que antes aquel mentiroso simuló que él fundaría". Y luego dice a sus dilectos (seguidores) que lo traspasen con una espada y que lo envuelvan en una limpia túnica de lino hasta el día de su resurrección. Pero en realidad los engaña, de modo que piensen que ellos lo han matado y han cumplido así sus órdenes, para simular después que ha resucitado y proclamar una (nueva) escritura, colmada de terrible maldición, como si fuera la salvación de las almas. La entregará a los hombres como un signo, y ordenará que lo adoren. Y si algún fiel, por causa del amor por mi Nombre se negare, lo exterminará después de terribles tormentos, de modo que todos los que hubiesen visto esto o lo hubiesen oído sean conmovidos por un extraordinario estupor de admiración y de duda, según lo anticipa también Juan, dilecto mío, cuando dice: *"Y vi una de sus cabezas, como herida de muerte, y esa herida de muerte le fue curada. Y la entera tierra corría admirada detrás de la bestia"* (Apocalipsis, 13, 3). (720) Lo que significa: Yo, que amo los mysterios de Dios, vi al mentiroso y maldito que cercaba con sus innumerables iniquidades toda la santa conducta de los santos y la atacaba con innumerables vicios. Él con la eficacia de sus fingimientos hará creer que ha derramado su sangre en una muerte violenta y que ha muerto. Pero no será una caída en su cuerpo, si no en una sombra engañosa, y será tenido por golpeado y muerto. De allí, siempre por el engaño de sus heridas fingidas, como si hubiera muerto, simula que él resucita del sopor de la muerte. Y así todos los

hombres, en la totalidad de la tierra, frente al horror de este maldito, manifestarán un admirable y terrible estupor, lo mismo que el pueblo que se sobrecogió ante el tamaño y la fuerza de Goliath, cuando lo vio delante suyo, preparado con sus armas para la batalla. Y tal como ves, las columnas de mis elegidos, tanto a causa de los tormentos, como por las contradicciones y los signos crueles y horribles, que provocará el hijo de perdición, parecerán sacudirse con un gran asombro, lleno de terror, profiriendo un gemido de dolorosa angustia.

Pero yo enviaré mis dos testigos, que he reservado para este tiempo en el secreto de mi voluntad, o sea, Enoch y Elías, para que ellos lo ataquen y para que hagan retornar al camino de la verdad a los extraviados. Ellos mostrarán a los fieles extraordinarias virtudes, por su fortaleza y su vigor, porque como las palabras, que en boca de cada uno de ellos sirven de testimonio, concuerdan entre sí, despertarán la Fe de los que oigan. Pues precisamente he reservado durante tanto tiempo estos dos testigos de la verdad, para que cuando ellos aparezcan, sus enseñanzas se afinquen en el corazón de mis elegidos y en consecuencia el germen de mi Iglesia subsista en medio de esta grande humillación. Y ellos dirán a los hijos de Dios, cuyos nombres están en el libro de la vida: "Oh vosotros, rectos de corazón y elegidos en la gloriosa alabanza de una vida de beatíficas gracias, oíd y entended lo que os referimos con total fidelidad. Este maldito ha sido enviado por el diablo, para que conduzca al error las almas que se someten a sus mandatos. Nosotros en efecto estábamos separados de este mundo, reservados en el secreto de Dios, desconocidos para los hombres, de modo que no hemos estado en medio de esta desazón y esta angustia de los hombres. Pues para esto hemos sido reservados, y enviados a vosotros, para que contradigamos los errores de ese destructor. Ved si somos semejantes a vosotros o en la estatura corporal, o en la edad". Y todos los que quieran conocer y confesar al verdadero Dios, seguirán a estos dos ancianos, testigos veraces, y llevarán el estandarte de la justicia de Dios, abandonarán el inicuo error, ya que ellos mismos con magnas exultaciones de alabanzas resplandecerán delante de Dios y delante del pueblo. Recorrerán las aldeas, plazas y ciudades, y todos aquellos lugares en que el hijo de perdición ha insuflado su maligna doctrina, y harán por todas partes muchos signos en el Espíritu Santo, de modo que todo el pueblo que los vea sentirá una gran admiración. Y precisamente se les concederán estos magnos signos, consolidados sobre firme roca, a fin de que sean rechazados aquellos otros signos contrarios y falsos. Pues así como el rayo enciende y quema, así también el hijo de perdición hará con su perversa iniquidad y su maldad (721) quemando a los pueblos con sus artes mágicas como con fuego del rayo. Pero Enoch y Elías con la recta doctrina como con el golpe de un trueno llenarán de terror a sus secuaces y los derrumbarán, dando de este modo firmeza a los fieles.

Pero también según permisión de mi voluntad habiendo al fin ellos mismos alcanzado su consumación por obra de aquél, recibirán el premio de sus trabajos en la vida celestial. Entonces habrán de caer las flores de su doctrina, porque sus voces ya no se oirán más en el mundo, pero mostrarán los buenos frutos en los elegidos, que rechazan las palabras y el odio del arte diabólica y que se afirman con seguridad en la esperanza de la heredad celeste, tal como Salomón lo muestra del hombre bueno y recto, cuando dice: *"La casa de justo es multiplicada fortaleza, pero en los frutos del impío sólo hay conturbación"* (Proverbios, 15, 6). Esto es: Estrecho el ámbito donde habita la contrición, pero no hay desdicha. Un especial reflejo del ojo de Dios está en el hombre recto, en el cual el mismo ojo ve la fortaleza de sus milagros como deseando una espada que corte. En cambio en las acciones transcurridas, como si fueran frutos del corazón soberbio que crecen, siendo que edifica ruinas con sus propios placeres, acontecerá aquella tristeza, porque el corazón soberbio no confía en una esperanza, que florece en la fertilidad celestial.

En cuanto a lo que ves, *que la monstruosa cabeza se desplaza de su lugar con increíble estrépito, al punto que toda la imagen de la antedicha mujer se sacude por eso en todos sus miembros*, señala cuando el hijo de perdición sobreelevando su cabeza de iniquidad la levanta con mucha arrogancia y soberbia, como si advirtiese un pequeño desfallecimiento de su connatural maldad, de modo que concentre mayor desvarío, o sea queriendo ser exaltado por encima de todos, esto es, cuando sus engaños hayan de acercarse a su fin, toda la Iglesia en todos sus hijos, excelsos o humildes, será puesta en máximo terror, ante la vista de la locura de este orgullo (satánico). *Y algo como una enorme masa de copiosísima inmundicia está unida a esa misma cabeza, por donde aquella parece erguirse sobre un monte e intentar ascender las alturas del cielo*: porque las peores artes de diabólicas insidias, que aportarán una increíble impureza para asistir a ese mismo hijo de perdición, le suministran alas de soberbia y lo exaltan en presunción tan grande, que él mismo piensa que puede penetrar incluso los secretos celestiales. ¿Cómo? Pues cuando haya cumplido totalmente la voluntad del diablo seductor, de modo que por justo juicio de Dios no se le permita ya más acrecentar su poder de iniquidad y crueldad, concentrará a todos sus secuaces y dirá a los que creen en él que está dispuesto a irse al cielo. Pero así como el diablo no supo que el Hijo de Dios habría de nacer para redención y salvación de las almas, así este nefandísimo, cuando esté rodeado por la mortífera maldad de todos los males, no se dará cuenta que está por sorprenderlo el fortísimo golpe de la mano de Dios. Y he aquí que *como el golpe de un trueno que llega de repente golpeará esa cabeza con tanta fuerza que la derrumbará de aquel monte y arrojará su espíritu a la muerte.* Porque ésta será la manifestación del poder de Dios, que aplastará al mismo hijo de perdición con tanta energía y celo divino, congruente con aquella

soberbia con la que se había erigido contra Dios, de modo que caiga ahora en el hondo precipicio de su orgullo; (722) y que habiendo llegado a su fin vomite su aliento vital para la muerte de la eterna condenación. Porque así como terminaron las tentaciones de mi Hijo, cuando Él mismo, tentado, dijo al diablo: "Vete, inmundísimo Satanás", y éste aterrorizado huyó, así también estas tentaciones que el hijo de iniquidad dirigirá contra la Iglesia, habrán de llegar a su término por cuidado mío.

Y *luego súbitamente una niebla hedionda envolvió todo el monte, y allí quedó la misma cabeza, rodeada de tanta inmundicia, que los pueblos circunstantes se sobrecogieron por un gran temor.* Porque un hedor de increíble impureza, intolerable e infernal colmó el lugar de aquella erección, en el cual el pésimo autor de aquellas maldades se enardecía con tanta inmundicia y hediondez, que por justo juicio de Dios ni su inicio ni su fin se quiera tener en la memoria desde entonces. Porque aquellos pueblos, al ver el cadáver de aquél postrado en tierra y sin habla, cubierto de increíble podredumbre, advertirán que han sido engañados; mientras tanto la niebla en torno al monte permanecerá un poco más todavía. Porque el hedor que envuelve aquella diabólica exaltación exhibe su inmundicia, para que los hombres, seducidos por el malvado, al ver semejante hedor y podredumbre, se aparten de ese error y retornen a la verdad. *Pues el pueblo, curioso al ver esto, se sentirá sacudido por un gran temor, ya que el horror conmoverá a los que vean estas cosas con tal fuerza, que empezarán a proferir lúgubres voces y lamentos llenos de lágrimas, y a decir que se habían extraviado gravemente.*

Y he aquí que *los pies en la imagen de la antedicha mujer muéstranse resplandecientes, con un fulgor que supera el fulgor del sol*: esto es, que el vigor del fundamento y el profundo sostén en la Esposa de mi Hijo mostrarán un brillo extraordinario de la Fe y exhibirán una belleza que supera toda la belleza de los resplandores terrenales, cuando abatido según se ha dicho el hijo de perdición muchos de los que prevaricaron retornen a la verdad. Pero después del derrumbe de aquel impío, no les es lícito a los humanos averiguar cuándo habrá de acontecer el novísimo día en la disolución del mundo, porque no lo podrán saber, ya que el Padre lo ha mantenido en su recóndito secreto. Para el juicio pues, oh humanos, preparaos. Sin embargo tal como se ha dicho ya, el hijo de perdición con su padre el diablo y con todas sus artes será vencido en esos últimos tiempos por mi Hijo, fortísimo guerrero, y caerá con gran confusión, tal como los enemigos de Sansón que en prefiguración de este maligno fueron abatidos, como está escrito en la Historia Sagrada: *"Y habiéndose sacudido violentamente las columnas, cayó la mansión sobre todos los príncipes y sobre la multitud que allí estaba. Y al morir mató muchos más de los que había matado cuando vivo*" (Jueces 16, 30, cf. caps. 14-16). Lo que significa: Al Hijo de Dios, o sea al fortísimo Sansón estuvo unida la Synagoga. A ella él mismo le

concedió aquel sentido oculto que estaba velado en el Antiguo Testamento, por medio de su admirable doctrina, entreabriendo para ella la interior dulzura de la ley, más fuerte que el león. Pero la Synagoga lo entregó, haciendo que fuesen objeto de burla sus mysterios, sin querer indagar en su doctrina, antes bien menospreciándola con gran despliegue de soberbia. Por lo que él mismo, conmovido, anticipó que el reino de Dios le sería quitado a la Synagoga y entregado a otro pueblo. Así después de innumerables prodigios se dirigió con crecida (723) multitud a la ciudad de Jerusalén, asesinada por la infidelidad de los que habían extendido sus vestiduras en el camino, donde por medio de milagros les concedió lo que había prometido, precisamente a quienes lo había entregado su propia esposa, es decir, la Synagoga. En esa exaltación abandonó a su esposa, cuando preanunció que su casa quedaría abandonada. El padre empero de esa esposa, o sea la seducción diabólica, la unió a otro varón, en este caso al dominio de la infidelidad. El Hijo de Dios entonces mandó zorras astutas, esto es, los apóstoles, que incendiaron las mieses de sus enemigos con el fuego del Espíritu Santo, o sea que vertieron los preceptos de la ley al significado espiritual, de tal modo que se quemó la Synagoga junto con su padre, es decir, fue abatida la perversa infidelidad de la Synagoga. Después abatió a los incrédulos con magnos signos y admirables milagros. Todos entonces se estremecieron, llenos de gran asombro, diciendo que ellos (los judíos) temían que vinieran los Romanos y que conquistaran el lugar y sometieran el pueblo. Reunieron un concilio de sus doctores para condenarlo, pero Él se ocultó en un monte, y allí en oración dijo que si pudiera hacerse, que se apartara ese cáliz de Él. Pero Judas Iscariote lo traicionó, entregándolo en las manos crudelísimas de sus enemigos.

Y Él ocultó la fuerza de su poder, que tenía en su cabello, esto es, en el Padre. Poder desconocido para todo pueblo, excepto cuando se concibe en la Fe, tal como los cabellos se ven en la cabeza del hombre. Luego al consentir la Pasión mostró el vigor de su poder, o sea, esgrimió la mandíbula de asno, cuando dijo a las mujeres de Jerusalén que no lloraran por Él, sino por ellas mismas, es decir así las abatió al predecirles con absoluta veracidad el terror de los desastres futuros. Y así exhausto en la Cruz tuvo sed, y entonces una fuente de verdadera Fe brotó del pueblo gentil. Él mismo no se avergonzó de beber de ella, agregando al fin que todo estaba consumado. Luego exhaló su Espíritu, descendió a la gehena, o sea a la mujer meretriz, pese a los obstáculos puestos por sus enemigos, o sea los guardias colocados en su sepulcro. Pero Él mismo al resucitar de la muerte entró en el reino celeste con dos filas, esto es, con determinados elegidos suyos y con una multitud de gente que había librado de los infiernos. Pero así su hermosísima Esposa, es decir, la Iglesia, unida a Él, con gran diligencia le inquirió cómo podría conocer su fortaleza. Él no repentinamente le mostró sus fuerzas, sino poco a poco y lleno de discreción. ¿Cómo? Cuando comenzaron los hombres a reconocer la católica Fe en la anti-

gua y en la nueva Ley, algunos de ellos pensaban que debían caminar hasta la perfecta realización, que era la ligadura de los nervios todavía tiernos, sin haber alcanzado su perfecta consistencia. Por lo que la Iglesia, aun inexperta, decía a innumerables multitudes: "Ésta es la fortaleza de mi esposo". Y el pueblo al oír esto (724) quería con repentina decisión rendir culto a Dios sólo en las palabras oídas, pero no entrañarse en la significación del Espíritu Santo. Pero de ese modo su fortaleza no era conocida. Luego la virginidad como nuevas cuerdas que nunca habían estado en uso (ya que con anterioridad nunca había sido considerada en el resplandor de su gloria) se destacó con toda nobleza, la cual ligadura tocó profundamente e al Hijo de Dios, pero no lo hizo ostensible plenamente sin embargo. La Iglesia por su parte irguiéndose siempre hacia lo alto decía: "Oh vosotros, amigos míos, éstas son las mayores virtudes de mi Esposo".

Y súbitamente con gran estrépito una multitud se precipita sobre Él, diciendo: "Nosotros, en posesión de sus mayores fuerzas, ya lo tenemos". Pero tampoco entonces se manifestaron plenamente sus virtudes. Luego fue consolidada la Iglesia en los siete dones del Espíritu Santo, como por siete cabellos de Aquél, fijados con fuerte clavo en el fundamento de la predicación apostólica. Por donde entretejida de este modo la red de la Fe, la Iglesia podía exclamar: "¡Oh, cuán fuerte es mi Esposo en sus siete cabellos!" Y todos los pueblos que la oían se precipitaron hacia Él, pensando que ya no tenía otras fuerzas mayores. Pero tampoco de este modo fue conocida su fortaleza. Luego la Iglesia derramó muchas lágrimas porque desconoció el poder de la Santa Trinidad, cuando afirmó que efectivamente ella había visto la humanidad del Hijo de Dios, pero que no había aún inteligido perfectamente su divinidad. Por donde conmovido el mismo Hijo de Dios le reveló a Juan, su dilecto, en la reverencia del Padre y en el ardor del Espíritu Santo, los secretos de la Santa Trinidad, cuanto era lícito saber al hombre. Y así reclinó su cabeza en el seno de su Esposa y allí descansará hasta los cismas incalculables que habrán de acontecer en el hijo de perdición. Allí su fortaleza se quebrantará, cuando sean cortados sus cabellos, cuando los hombres en aquel tiempo procurarán seguir más al hijo de perdición que al Hijo de Dios, diciendo: "¿Cómo es posible, oh Dios, que veamos milagros tan grandes y de tal naturaleza?" Y así la fortaleza del Hijo de Dios se debilitará, cuando ya la verdadera Fe parezca obscurecerse en la ceguera de la infidelidad. Pero sus fuerzas se restablecerán, cuando aparezcan Enoch y Elías. Por lo que acometiendo con fuerza contra la soberbia y la presunción, la Fe derrumbará al hijo de perdición con todas sus artes diabólicas y demás vicios y, cuando ya la Iglesia, coronada por el nombre de Cristo, del eón presente y temporal haya de pasar a las cosas eternas, esa misma Fe aplastará los diabólicos vicios con una dureza mucho mayor de lo que había ocurrido antes, cuando en el tiempo conservaba aún su vigencia el culto divino. ¿Por qué así? Porque cuando este eón alcance ya su fin, entonces cesarán tanto

las persecuciones diabólicas como las fortísimas operaciones de todas las virtudes en los hombres, al margen ya del tiempo. Quien tenga empero finos oídos del intelecto interior, éste en ardiente amor por contemplarme, conságrese a estas palabras e inscríbalas en la conciencia de su espíritu.

Y LAUS DESPIRITU SANCTO
Y ***Spiritus Sanctus vivificans vita,***
Y ***movens omnia, et radix est in omni creatura,***
Y ***ac omnia de immunditia abluit,***
Y ***tergens crimina, ac ungit vulnera,***
Y ***et sic est fulgens ac laudabilis vita,***
Y ***suscitans et resuscitans omnia.***
Y ***HEDER*, pp. 46-47**

Se redactó esta traducción con sus notas introductorias para el Instituto SAN ATANASIO de Córdoba (Argentina), y se publican en el octavo centenario (1179-1979) de la muerte de SANTA HILDEGARDE, Maestra para estos tiempos calamitosos.

LAUS SACRATISSIMAE TRINITATI

[1] En particular del último libro citado cf. la referencia a Jean-Paul RlCHTER y a su texto ***Cristo proclama que no hay Dios***, pp. 12-18. Ha señalado también la importancia de esta corriente y de estas obras el Abbé G. de ÑANTES, en C. R. C. N° 126, Février 1978, pp. 7-10).

1 Cf. a este propósito el libro de Samuel SANDMEL, ***We Jews and Jesús*** 1965, y mi trabajo ***Filología y Teología,*** Buenos Aires 1973, cap. IV, pp. 127-130.

sobre el judeo-cristianismo de Jean DANIÉLOU y sus sucesores. Acerca de esto cf. mi trabajo ***San Esteban Protomártir. Respuesta al Cardenal Daniélou,*** La Plata 1975.

de pronto muchas herejías ***y*** contrariedades surgirán a su vez de las dignidades eclesiásticas ***(Ibid.).***